

Ciancio, Gerardo. *Arquitrabe*. Montevideo: Editorial Paréntesis, Colección AEDAS, 2010.

Ciancio, Gerardo. *Cieno*, Montevideo: Editorial Yaugurú, 2011.

La madeja orquestada en el libro *Arquitrabe* parece decirnos que todo está siendo regurgitado, que Gerardo Ciancio ha degustado, mordido y papilado (sic) cada uno de los momentos de su historia de crítico y lector, dicho esto desde la firme impresión de que *Arquitrabe* (Colección Aedas, Montevideo, 2010) arremete ex profeso por un largo sendero en el cual la lengua se sitúa, se cita, es lugar que comulga y deviene en parodia, simulacro, pantomima.

Todo aquí resuena como una radio mal sintonizada, de la que podemos escuchar un esbozo discursivo, un balbuceo que cada uno de los lectores-escuchas orienta para sí. ¿Lo que podemos tragar de aquello? ¿Lo que queremos aceptar en cuánto a riesgo?

De la posible honestidad que permita asumir que también la lengua es, corrijo, aceptando que la lengua es previa convención de signos; código, sistema que no siempre ocupa la atención debida, nos permitiremos el goce de acercarnos a este texto que incomodará, desapegará y reinstalará la función de la literatura en tanto uso común de querer encontrarnos con lo que ya está asumido. Escritura planificada, echada al servicio de la tradición donde el sujeto y el predicado, antes que nada, están sujetos y atados con el alambre de cierta lógica que vuelve, libro a libro, a ser el ser creativo en términos literarios, más de lo mismo.

En el nocturno de la página 16, Ciancio inicia diciendo: “cruje en enseres enhiesta tras su hambre” y un poco más adelante prosigue:

HPR/112

sus costillas erróneas osan oran: mire, usted
con esa oralidad no hay tu tía

¿Que hace el escritor con todo el edificio y la tradición del *nocturno* como criterio expresivo? ¿No hay desgarró? ¿Aparente apacibilidad? Daría la impresión -esta es otra de las aristas arquitrábicas: mostrar tantísimos sitios de recepción como nuevos estadios de percepción logremos- que la aridez del verso permite que accedamos a tal lar de la oscuridad para allí, como imago de mineros enterrados en el barro (desterrados, seguramente diría el autor de *Arquitrabe*) podamos asimilar el asado de la lengua, la osadía de colocar toda la carne en el asador, el costillar anhelado por estos sitios vacunos y ganables desde la impronta ganaderil. Pero no.

Gerardo Ciancio escupe el asado con su oración aseverando “con esa oralidad no hay tu tía”. ¿Y qué es lo que podría haber luego de esto, dicho así?

Lugar que parecería ser/ lar de la jerga diaria, instalada *exlibris*. Sonido que va, de proa a popa, dando grititos, vomitando mareado, bruno letrado.

La intención última de *Arquitrabe*, lejos de actuar pulsando la pétrea figura que entabla, asegura, y nos coloca a descansar la espalda recostados en la verticalidad del verso previsible, muy lejos de ello, deja una gran masa agria en la garganta:

Epa, chascá la lengua que el habla cruje sola

Como un círculo dantesco, donde se nos sienta a sentir un grado de epilepsia verbal que por momentos profiere punzando ahogo vs desahogo (verga de barco que también es verga de gato erguida en una rambla citadina), la aparición en el marmóleo panorama de las letras uruguayas durante el año 2010, el libro *Arquitrabe* vislumbra lo que viene: *Cieno*, trabajo poético de Ciancio que fuera Primer Premio de Poesía inédita 2010 otorgado por el Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay, y del cual *Arquitrabe* puede entenderse como adelanto, apéndice (¿excrecencia?) o eco, según la opinión del también crítico y poeta Jorge Arbeleche.

Primera sombra de *Arquitrabe*: Tenso y trabado, “redundancia mejor”. Siempre que se convoca el concepto cosmogónico y mental del ying-yang creo podría apoyarse la milenaria disyuntiva en un corpus imaginativo que, por lo menos en lo que es personal, ayuda y mucho a refrendar y sostener la razón ante la asunción que anima a las palabras, hecho mágico en cuanto a significación comunicativa. Entonces: memoria y olvido / regreso/ partida. Mar que es mareo de la genética lectora de un tercermundista que tiene-que-leer-los allende-el-mar / tierra que es terror de penillanura sin Castilla posible, apenas una Sansueña que moja sus faldas en las aguas del oscuro río que parte a nuestro país, y por ende a nuestra forzada fe en decirnos y creernos ombligo de algo.

Pues ¿qué es sino la revisión de la realidad en términos poéticos? La creación de un sistema de diagonales y desembocaduras. “Gota de agua escasa ya es idea”, voz es fe y rosál, preveo que sugirió Ciancio con la cita del poeta J. R. Jiménez como acápite al libro *Cieno*.

Antes, en *Arquitrabe* se preguntaba lo que exhala uno y otro trabajo:

Cuánto cuesta esta criatura?

Cuánta pulsión pulsarías por el poema puesto a las brasas...

El escaso juego níveo del poeta que recuerda sus peripecias existenciales aquí reaparece ígneo, dándole a todo lo leído/vivido una función antes que nada recurrible desde el decir.

¿Noción de retóricas vencidas por un fingidor que se posa ante la actitud de poetizar parecida a la que se ve en la gente que mira caer la tarde? Y sí. El escritor de *Cieno* (Montevideo, Editorial Yaugurú, 2011) asume y no su papel de serio relator sensible de su tiempo, mira y no la realidad de su entorno. Digamos que todo lo acontecido en este proceso es antinómico. La mirada merodea, se hunde, está planteada a lo lejos. En esa tarde antes convocada sobreviene:

se dice impune nube y luego salpicón al vacío de arriba:
boyuno quien salte lejos de ser suela verbal

HPR/114

Hay allí un estado indefinido entre el verso logrado y la aspereza que no dejar tragar. Parámetros que conoce y utiliza se reconvierten y devienen páramo. Des-orden.

Una aparente linealidad nada página a página, mas se escalda en el momento menos pensado, ni siquiera cuando el artificio poético sugiere que puede venir el descascare de la pared utilizada para esta rara escritura. Situar a *Cieno* en las coordenadas expresivas que bien darían marco cercano a tal registro parecería necesario, pero continuando con las regiones desde donde plantea el escritor su libro preferimos salirnos de ese lugar común y terminar con una imagen, aquel Onetti desdentado y escéptico echado en una cama madrileña (cuna de una lengua tan cara a Ciancio) leyendo y escupiendo al costado:

Lo que se dice (depende) desparrama emoción en golpe sin
dados llanto en sensible seda silente (más le vale yantar, ¿no?)
Lo que poema (constríne) undoso floreo el lagrimal aurora que
sondea su mejilla: esos devaneos de enano arrodillado / Lo
que uno imagina vertiente agua --agüitita fresca—va en
arrebol correoso puesto en alma viva llovido llanto sin trucaje
retazo allá abajo semblante arrobado de cuajo tendido / Lo que
se dice afecto afecto contumaz a flor del poema efecto efecto
del blanco en negro blanco sobre negro blanco / negro en su
espesura maleza entinta: te lo debo aún: aunque ya no importe

El que dirá J. R. de *Cieno* queda como otra de las avizoradas
interrogantes, antepecho y versión última de cuántas zonas
inexploradas tenemos del lenguaje.

Enrique Bacci
Montevideo, Uruguay